

Historias secretas de la II Guerra Mundial

Historias secretas de la II Guerra Mundial

Chema Ferrer

Styria

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2010, Chema Ferrer, por el texto
© 2010, Xavier Pérez Sanchis, por el prólogo
© 2010, Styria de Ediciones y Publicaciones S.L.
Muntaner, 374-376 – 08006 Barcelona
www.styria.es

Primera edición: febrero de 2010

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO

Diseño de la cubierta: Cristina Payà

Maquetación: Cristina Payà (www.ipstudio.es)

ISBN: 978-84-92520-47-3

Depósito Legal: B-3.481-2010

Impreso y encuadernado por Talleres Gráficos Vigor S.A.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Índice

Prólogo de Xavier Pérez Sanchis	9
¿Cómo empezó la guerra?	13
1. Otras formas de hacer la guerra	17
Las motas del profesor Zapp	17
El Reich no paga a traidores	24
Rumores de guerra	29
Operación Pastorius	38
Clifton James, el doble de Monty	47
Los billetes de Heydrich	52
Operación Mito	59
2. Armas imposibles	73
La energía de Vril	73
Fusen Bakudan, bombas sobre América	81
El rayo de la muerte	87
Wasserfall, ¿el arma que nunca existió?	91
Habacuc, el portaaviones de hielo	98
3. Ingenio y valor	107
Los corsarios del Atlantis	107
Jamás nos rendiremos	116
Los cerditos del Príncipe Negro	125
Fujita, el penúltimo samurai	135
Náufragos del desierto	141
Las fugas de Von Werra	147

ÍNDICE

4. Hechos insólitos y algunas extravagancias	155
El círculo mágico de Churchill	155
Wewelsburg, a la sombra del sol negro	161
El fantasma del HMS Barham	168
La legión Británica	173
Andrei Vlássov, héroe y traidor	180
El Papa árabe.	188
Khalkin-gol, la batalla olvidada	196
El prisionero de Spandau.	204
Rumbo a la Antártida	214
5. Algunas historias inconfesables	221
La tragedia del Gustloff.	221
El Batallón 731	228
La matanza de Katyn.	237
Cierra los ojos, aprieta los dientes, no digas nada.	247
Epílogo	251
Apéndices	255
Bibliografía	277

Prólogo

Ankara, embajada Británica, Cicerón. ¿Qué tienen en común la capital de Turquía, la embajada del Reino Unido y un escritor latino? Para un neófito en la Segunda Guerra Mundial el enigma resulta indescifrable. Para un aficionado o un estudioso de la materia son las tres patas de un trípode que pudo haber sido clave en el desarrollo del conflicto. Incluso el cine se preocupó por el tema y un director tan reputado como Joseph Leo Mankiewicz dirigió una película que ilustraba una de las más famosas historias de espionaje de toda la contienda. Una historia de ficción cinematográfica, es cierto, pero basada en una historia auténtica protagonizada por un anónimo personaje, un tal Elyesa Bazna.

Y es que la historia la hacen —y también la deshacen según sus intereses— los seres humanos. Algunos de nombre relevante y con trascendencia histórica: otros anónimos y desconocidos, como Cicerón-Bazna. Los historiadores sabemos algo de esto.

Es evidente que los grandes personajes son los grandes protagonistas de la Historia, en el sentido de que de ellos ha quedado «la huella», pero no lo es menos que el sufrimiento, las iniciativas personales o colectivas, los silencios bien dosificados o los clamores no menos sabiamente administrados son en ocasiones un mar de fondo que mueve la Historia más de lo que aparentemente podríamos sospechar. En cierta manera, todos los libros de Historia, se encaren desde el punto de vista que se quiera (económico, sociológico, mentalidades, bélico) hablan de lo mismo: de los seres humanos.

La Segunda Guerra Mundial (1939-1945), el conflicto más devastador e inhumano que la Historia de la humanidad haya conocido,

continúa generando una abundante bibliografía que traspasa los habituales límites generacionales y que sigue actualizándose a día de hoy. Una visita rápida a las librerías de nuestra ciudad nos mostraría los anaqueles y las mesas repletos tanto de obras de historiadores profesionales como de investigadores aficionados venidos desde campos muy diversos (periodistas sobre todo). Por otra parte, los aspectos tratados en estas obras son de lo más diverso; así, hay memorias, historias generales y de síntesis, libros biográficos que se centran en los personajes relevantes de la contienda (Churchill, Hitler), otros que dedican su atención a operaciones estratégicas (el Día D), a batallas decisivas (Ardenas, Stalingrado) o a los propios ejércitos (Wehrmacht), sin olvidar la abundante bibliografía que ha suscitado el nazismo y la *Shoa* u Holocausto.

¿A qué es debido este interés actual por un conflicto de cuyo inicio han transcurrido ya setenta años?

En primer lugar, la Segunda Guerra Mundial marca buena parte del siglo XX. No debemos olvidar que es una contienda que surge sobre los rescoldos mal apagados del otro gran conflicto del siglo, la Gran Guerra de 1914-1918. El *Diktat* de Versalles (1919) no pone punto y final a un conflicto, sino que va a larvar un deseo de revancha que se verá agravado por la difícil situación económica posterior a la depresión del 29, cuando los «felices años veinte» demostraron ser solo un sueño que iba a convertirse en pesadilla. La imposibilidad de las democracias para encontrar una solución llevó a buena parte de Europa (siempre Europa, la vieja y civilizada Europa) a bipolarizarse entre extremos irreconciliables como eran el marxismo y los fascismos. Esos rescoldos supieron ser avivados por un cabo demagogo y populista (el historiador Ian Kershaw afirma rotundamente que «la Primera Guerra Mundial hizo posible a Hitler») que llevó a uno de los pueblos más cultos, desarrollados y civilizados de Europa a una vorágine destructora que de haber durado mil años se quedó solamente en doce.

Por otra parte, el final de la Segunda Guerra Mundial no supuso un cierre a la puerta de la Historia. Así, la diferente ocupación de la Europa devastada por oriente u occidente tuvo como consecuencia directa la bipolarización entre los dos bloques, que podríamos dar por concluí-

da a partir de 1989 (caída del muro de Berlín) o 1991 (sustitución de la URSS por la CEI) si no fuera porque todavía quedan inquietantes presencias de aquella Guerra Fría (el caso de la hermética Corea del Norte) o bien le aparecen vecinos díscolos al gran vigía de occidente que son los Estados Unidos, curiosamente en aquel cono sur que ya en la década de los 70 fue escenario de intentos revolucionarios ahogados en una sangrienta represión de la cual aún no se han ajustado todas la cuentas.

El final de la Segunda Guerra Mundial fue el inicio de la era atómica, a la que se han añadido en la última década países que sin ser grandes potencias sí que podrían hacer mucho, muchísimo ruido y llevarnos a la situación descrita por Bernard Werber en *Nuestros amigos los humanos*. A esto podríamos añadir el eterno avispero de los Balcanes, que estalló precisamente cuando nadie esperaba una guerra en Europa, cuando el muro de Berlín había saltado por los aires y lo que parecía ser una nueva época de eterna paz se convirtió en el inicio de la «paz eterna» para muchos. O el conflicto árabe-israelí, cuyo origen es consecuencia directa del final de la Segunda Guerra Mundial.

En nuestro mundo actual, a setenta años de la invasión de Polonia por la Wehrmacht, Europa parece calma, pero el mundo sigue dividido, ahora tal vez más entre ricos y pobres que entre ideologías, la amenaza atómica no ha desaparecido y los vecinos amistosos de hoy pueden ser mañana mismo nuestros genocidas... o nosotros los suyos. Es evidente que el «final de la Historia» en el que algunas mentes preclaras quisieron hacernos creer a finales de los 80 está bien lejos de ser una realidad. Con un capitalismo aplastante que parece haber derrotado al enemigo marxista pero al que se le plantean nuevas dudas, con un terrorismo a veces de corte «milenarista» basado en la irracionalidad de las creencias pero que usa las armas creadas por la razón de la ciencia habrá que concluir que Historia nos queda para rato y, como sabemos bien los historiadores, si no queremos que se repita (por lo menos lo malo que nos dejó), más nos valdrá conocerla, estudiarla, interrogarla y aprender algo de ella.

El libro que tienen a continuación no pretende ser una contribución definitiva, ni muchos menos, a la abundante bibliografía que hemos

PRÓLOGO

mencionado. Su autor, aficionado tanto a la Historia en general y a sus caminos más trillados como a aquellos no tan hollados, ha intentado en las páginas que siguen presentar historias que no por menos conocidas han perdido su interés o han podido ser decisivas. Algunas de ellas gozan de cierta actualidad (como la matanza de Katyn), otras pueden ser tan clásicas como la de Cicerón, e incluso algunas rozan el ámbito de lo irracional (ocultismo), pero todas ellas tienen en común haber quedado un tanto arrinconadas en el marasmo de la Historia. ¿La razón? En ocasiones el desconocimiento por falta de acceso a los archivos pertinentes, en otras, por la oscuridad con la que voluntariamente se ha querido ocultar el hecho o bien porque otros acontecimientos más relevantes han ocultado acciones en las que seres humanos actuaron, sufrieron y murieron. La Historia, que ha de dar a conocer lo que fue nuestro pasado y ayudarnos a entender como es nuestro presente es a veces así de injusta: deja caer una losa de anonimato sobre buena parte de sus protagonistas y hacedores.

En definitiva, estamos ante una obra de entretenimiento, pero rigurosa, que se lee de manera amena y que pretende satisfacer al lector curioso de manera que con su lectura disfrute, se pregunte y piense.

Prologar un libro supone una doble dificultad, ya que, por una parte, se ha de intentar sintetizar el conjunto de la obra que sigue a continuación sin revelarla por completo y, por otra, es importante no aburrir al posible futuro lector, de manera que este no se arredre ante la aventura que tiene por delante. Por tanto, me gustaría que este prólogo fuera una invitación; si se me permite, un intento de seducción a aquellas personas que tienen en su mano el libro, que lo han tocado, que han leído la contraportada, que conocen al autor, que se interesan por el tema o por saber así sin más. Este prólogo es la puerta de entrada al mundo que Chema Ferrer les va a dar a conocer. En mi opinión, vale la pena cruzar el umbral.

Xavier Pérez Sanchis
Historiador

¿Cómo empezó la guerra?

En los tiempos antiguos las guerras daban comienzo de una manera clara y directa, solo les faltaban motivos, formar a la tropa y marchar a combatir, así de sencillo. Con el desarrollo de las culturas aparecieron las buenas maneras que paulatinamente se fueron incorporando al variopinto bagaje del «arte de la guerra». A estas se le sumaron los valores caballerescos, que fueron expandiéndose y consolidándose con el transcurso de los siglos y en la mayoría de civilizaciones. Finalmente, los conflictos pasaron a ir precedidos de solemnes declaraciones de guerra mediante el intercambio de embajadores y emisarios. Pero parece que en pleno siglo XX las cosas iban a funcionar de otro modo.

Razones para inaugurar una guerra han habido muchas, cuentan que a Troya se fue a la guerra por amor, que Gengis Khan no bajó del caballo hasta que sació su personal afán de conquista, que Mahoma hizo la guerra para difundir una innovadora religión y del mismo modo hizo Rusia con su ideal revolucionario. Pero lo que hasta el momento no se había visto tan claramente era iniciar un conflicto armado impulsado por el resquemor de un pueblo, el alemán, preso de un odio avivado por su propio Estado, víctima de las perversas doctrinas nacionalistas incubadas durante la segunda mitad del siglo XIX y de las no menos perversas condiciones para la paz firmadas tras la Gran Guerra. La nación alemana había comenzado su andadura hacia la guerra con el ascenso al poder del NSDAP y de su principal dirigente, Adolf Hitler, el cual había prometido a sus generales que no desataría las furias de la guerra hasta 1945, cuando las armas y ejércitos estuvieran listos para la batalla.

La geopolítica alemana puso en marcha la doctrina del *Lebensraum*, el espacio vital. La raza aria había iniciado su andadura en pos de la reconquista de las tierras germánicas que le habían sido arrebatadas, así como de nuevos dominios donde asentar sus glorias venideras y su preponderancia sobre la Humanidad. Esa tierra prometida se encontraba al este y tenía como confín los Montes Urales, la linde natural entre Europa y Asia. A principios de 1939 Alemania abandona el tratado de no agresión con Polonia. Las reclamaciones territoriales eran importantes pero el irredentismo más importante fue el de la ciudad portuaria de Dantzig, convirtiéndose en el *leit motiv* del ataque. Los esfuerzos de la diplomacia no pudieron combatir la firme decisión germánica de una solución por medio de las armas.

Aunque la invasión de Polonia estaba calculada para el 26 de agosto de 1939, eso sólo significaba que este sería el inicio oficial de la Segunda Guerra Mundial. Alemania llevaba algún tiempo anexionándose e invadiendo lo que era suyo en derecho y lo que el nacionalsocialismo pensaba que debería ser suyo. No cabe duda que Adolf Hitler, su principal pero no único responsable, no podía ni imaginar que Polonia se iba a convertir en la mecha que prendiera una conflagración que alcanzaría a casi todo el orbe.

Pero volvamos a los últimos días de agosto de 1939, los polacos conocían bien las intenciones alemanas y estaban dispuestos a mantener una guerra contra sus vecinos. El carácter polaco en aquella época todavía oscilaba entre la vanidad y el orgullo, una forma soterrada de soportar los embates a los que la historia les ha sometido. Todavía satisfechos de las glorias guerreras más próximas, cuando el general Pilsudski rechazó al Ejército Rojo a orillas del Vístula, se encontraban confiados en un ejército obsoleto que basaba su movilidad en sus flamantes batallones de caballería. Además de honor, grandeza y valentía, en pleno siglo XX hacían falta otras cosas para ganar las batallas.

Alemania prescinde de la atroz cortesía de declarar la guerra y aplica la brutal y única justificación de la fuerza. De ese modo, el verdadero comienzo de la guerra estuvo rodeado de extrañas situaciones que provocaron varios inicios fallidos, fruto de los planes urdidos por Alemania para justificarse.

Sesenta divisiones de la Wehrmacht habían tomado posiciones a una distancia prudencial de la frontera, cuando a las 18:00 horas del 25 de agosto la Cancillería recibe la noticia de que no podría recibir el apoyo militar de Italia hasta 1942. Benito Mussolini advertía que todavía no estaban preparados para asumir cualquier contingencia tras la invasión de Polonia. Acto seguido se recibe la advertencia de que Gran Bretaña y Polonia habían acordado firmar un acuerdo de asistencia mutua, lo que hacía imposible ya el deseo del Führer de que los británicos no entraran en guerra contra Alemania.

Hitler dio la orden de detener todo movimiento, pero hubo algunos que no se enteraron. Entre ellos una unidad de comandos enviados a tomar el paso de Jablunka, un lugar muy escarpado en la frontera que se encontraba controlado por un destacamento polaco y albergaba una estación de radio. La misión era secreta y lo abrupto del terreno impidió recibir las últimas órdenes. La mañana del 26 de agosto, el comando del coronel Albrecht Herzner capturó la población y su estación de ferrocarril. Esperaron hasta el mediodía la llegada de la vanguardia alemana pero esta no aparecía. Los polacos hechos prisioneros eran entorno a dos mil y no cejaban de insistir en que no sabían nada sobre la guerra. Finalmente, el coronel dio orden de retirarse discretamente. El mismo asalto se repetiría el 2 de septiembre, un día después de comenzar la invasión.

Hitler intentó nuevamente lograr concesiones irrealizables por parte de los polacos y volvió a poner fecha para la invasión definitiva, el primero de septiembre. Durante el día anterior, numerosos grupos de comandos de las SS se dedicaron a crear situaciones confusas en la frontera. A las 20:00 horas del 31 de agosto, Alfred Naujocks, un oficial de la SS, dirigió a un pequeño grupo de exconvictos disfrazados de soldados polacos a tomar la estación de radio de Gleiwitz, una población alemana de la frontera. Los asaltantes llegan al lugar y lo capturan asesinando a un supuesto soldado alemán, que en realidad era otro preso al que habían drogado y vestido como soldado. Una vez tomada la emisora, uno de los soldados lee una declaración en polaco, diciendo que es momento de que Alemania y Polonia se enfrenten. Luego, algunos miembros del comando disparan contra los convictos,

miembros de las *Waffen SS* que fingirán volver a Polonia dando la vuelta no más alejarse unos kilómetros del pueblo y retornando a Alemania atravesando las montañas. Los cuerpos quedan tendidos, listos para ser usados como evidencia por las autoridades y por la opinión pública testigo del ataque. Hitler ya tenía la excusa que necesitaba. Al día siguiente, a las 10 de la mañana se proclamaba en el Reichstag que a partir de las 05.45 horas de esa madrugada se había iniciado la respuesta a su invasión.

Esa fue la hora oficial del inicio de la Segunda Guerra Mundial. El encargado de llevarlo a cabo fue el acorazado *Schleswig-Holstein*, anclado en el puerto de Dantzig y que disparó a las 04:57 en dirección a los polvorines polacos de la ciudad. Pero también en esta ocasión hubo otros que se le adelantaron. Veintiún minutos antes, una escuadrilla de aviones Stuka despegó de una base de Prusia Oriental. El objetivo era atacar un puente sobre el Vístula y despejarlo de las fuerzas polacas que lo pretendían dinamitar. Aunque consiguieron su objetivo en aquel momento, horas más tarde los polacos volvían a tomar el puente y lograban volarlo. De poco les sirvió.

Otras formas de hacer la guerra

Las motas del profesor Zapp

Poco antes de la llegada de la Navidad del año 1939 la nieve había cubierto las calles de Hamburgo. Los muelles de su imponente puerto no cesaban en su febril actividad, la guerra había comenzado hacía ya cuatro meses y todo parecía correr favorablemente para el Reich de los mil años.

Era la tarde previa a la Nochebuena y a las puertas de un grisáceo y viejo edificio, la pensión Klopstock, un grupo de jóvenes se arremolinaban ante un personaje ataviado a la usanza decimonónica, gruesa levita, sombrero de hongo y unos acartonados alzacuellos sobre el que rebosaban barbas y bigotes. Era el doctor Hugo Sebold, que acababa de pronunciar el discurso de despedida a los alumnos de un curso muy peculiar:

—En breves días recibirán sus despachos, así como la documentación y recursos correspondientes para realizar su cometido convenientemente en sus destinos. La mayor dificultad la encontrarán en comunicarse con Alemania, pero les aseguro que en un breve espacio de tiempo esto estará resuelto. No puedo revelarles como, pero pronto lo sabrán, estén alerta para descubrir las motas, muchísimas pequeñas motas...

Aquella destartalada pensión portuaria había alojado las últimas clases impartidas sobre métodos, técnicas y modernos artilugios para el espionaje y la obtención de información, el lugar no podía haber sido mejor elegido. Los discípulos habían sido escogidos entre agen-

tes de la Abwehr y seleccionados miembros de las SS entrenados para operaciones especiales. Entre aquellos jóvenes se encontraba S.T. Jenkins, uno de los alumnos más destacados que tras conseguir elegir su destino, a los pocos días lograba embarcarse en un paquebote con destino los Estados Unidos de Norteamérica, país todavía neutral ante las conquistas alemanas en Europa.

Un mes de travesía lo condujo al bullicioso puerto de Nueva York. Acodado en la borda y con el equipaje presto para desembarcar, observó a dos individuos que al pie de la pasarela y haciendo señales parecían conocerle. Al desembarcar le mostraron sus acreditaciones como miembros del F.B.I., éste les sonrió, todo había salido como se planeó. S.T. Jenkins trabajaba para la bisoña organización federal de policía y había permanecido una buena temporada en Europa haciendo labores de contraespionaje. Pocas horas después, en la habitación del hotel Belvoir, Jenkins les relataba a sus superiores:

—He participado como alumno en una de las escuelas de espionaje más exclusivas del gobierno alemán y que operaba secretamente en Hamburgo, además de conocer sus principales técnicas de espionaje y codificación he de comunicarles algo que considero de vital importancia...

El agente comunicó las desconcertantes palabras del viejo profesor Sebold, además de presentar un informe pormenorizado de todo lo aprendido en aquel tiempo.

Abwehr, el espionaje alemán

El Abwehr era el Servicio de Información en el Extranjero y de Contraespionaje, un departamento encargado de recabar información para el Oberkommando der Wehrmacht (O.K.W), el Alto Mando del Ejército Alemán.

Aunque las condiciones del Tratado de Versalles, el que se firmó tras la derrota del Imperio alemán en la Gran Guerra, prohibían expresamente que Alemania creara una estructura de espionaje. No se tardó en organizar un servicio de inteligencia bien estructurado y eficaz. En 1935, Wilhelm Canaris, un destacado e inteligente oficial de Marina, fue nombrado jefe del Abwehr, siendo ascendido a contralmirante al año siguiente. Bajo su batuta, el Abwehr se convirtió en un excepcional mecanismo de información, aunque pronto encontraría la competencia

de su propio discípulo, Heydrich. Éste se hallaba al frente del servicio de seguridad SD, el Sicherheitsdienst des Reichsführer SS y obviamente pretendía ejercer un control sobre todas las actividades de espionaje del ejército alemán. No olvidemos que las Waffen SS, por su propia estructura militar, estaba transformándose en un competidor importante de los tres ejércitos y que obviamente este ascenso era mal visto por el corporativismo de los militares profesionales.

El enfrentamiento fue continuo creando conflictos que restaban operatividad a la organización de Canaris. A esta situación se le sumó el padrinazgo que el Reichführer Heinrich Himmler prodigaba sobre Heydrich. El 27 de septiembre de 1939, Himmler era nombrado directamente por decreto de Hitler jefe del RSHA, la Administración Central de la seguridad del Reich, de esta manera acumuló todas las funciones como jefe de la SS y de las policías del Estado y del partido nazi. Tan solo cuando sucedió el asesinato de Heydrich el 27 de mayo de 1942 en Praga, Canaris pudo actuar libremente durante algún tiempo hasta que el 18 de febrero de 1944 Himmler logró de Hitler la destitución de Canaris y la incorporación de los servicios de información del Abwehr al RSHA.

Preparando la guerra

La situación en aquel invierno se hacía cada vez más complicada, Polonia había sido invadida por soviéticos y alemanes y por otra parte Francia y Gran Bretaña se preparaban para el gran envite de la *blitzkrieg* contra las estáticas defensas en las fronteras belgas y francesas. Los Estados Unidos de América todavía no habían declarado la guerra a Alemania, aunque el trabajo soterrado de sus servicios de información preparaba lo que seguramente pronto se convertiría en un conflicto armado mundial.

El primer objetivo era neutralizar todos los intentos que los servicios secretos de Alemania y Japón hacían por infiltrarse en la sociedad americana y por hacerse con toda la información estratégica que pudiera valerles. Se rastreaba el correo de sus corresponsales en embajadas y empresas, se descifraban no sin esfuerzo las claves y encriptaciones de sus mensajes, hasta incluso se descubrían los escondrijos desde donde emitían por radio. Cuando esto sucedía, aprovechaban durante algún tiempo sus propios transmisores y códigos para enviar información errónea, de manera que el enemigo creyera que provenía de sus propios agentes. Durante aquel tiempo se capturaron comandos desembarcados

en las costas atlánticas por submarinos alemanes, una labor complicada y en la mayoría de ocasiones fruto de la casualidad y la colaboración ciudadana. El esfuerzo no lograba los resultados esperados y al F.B.I. no le quedaba sino cuestionarse sobre cuantos de ellos lograban realmente infiltrarse. ¿Qué importancia tendrían aquellas motas en todo aquello? Los métodos utilizados eran cada vez más y más sofisticados, tintas invisibles que solo se dejaban ver utilizando complejos reactivos imposibles de reproducir por los laboratorios norteamericanos, sofisticados códigos de encriptación, micropelículas, cámaras enanas y ahora el misterio de las motas. Desde un primer momento se sospechó que las motas eran un método portador de información y para ellas se organizó un equipo científico que ahondara en el desarrollo de la microfotografía. Al mismo tiempo, los servicios secretos se pusieron en marcha para localizar las enigmáticas motas.

Tuvo que pasar algún tiempo, era el verano del año 1941 cuando se localizó a un sospechoso que acababa de desembarcar procedente de la región europea de los Balcanes. Por su aspecto y forma de viajar aparentaba no faltarle dinero y su pasaporte no procedía de ningún país aliado de las fuerzas del Eje. En una minuciosa exploración de sus pertenencias, un pequeño destello brilló en el reverso de una carta, un pequeño puntito, no más grande que la cabeza de un alfiler... Sin dudar un momento, se sospechó que era una de aquellas motitas. Con especial cuidado, la mota fue separada del papel, estaba cuidadosamente incrustada, no era ninguna mancha de tinta o un material propio de la pasta con la que el papel se había fabricado. La mota se llevó al laboratorio donde aplicada al microscopio y aumentándola doscientas veces se pudo ver finalmente y con absoluta nitidez la imagen de un texto completo. Este estaba mecanografiado sobre una cuartilla y evidentemente su lectura no tenía desperdicio:

«Hay razones convincentes por las que sospechar que los avances científicos norteamericanos en el campo de la energía atómica están progresando notablemente y gracias al empleo del helio. Deben prepararse periódicamente informes completos sobre los siguientes asuntos:

1. Procedimiento empleado en los EE.UU. para transportar el uranio enriquecido.
2. Localizar los laboratorios donde se llevan a cabo las investigaciones atómicas.
3. Descubrir que otros materiales son utilizados en los experimentos».

El método y la precisión fotográfica eran impresionantes, los investigadores norteamericanos habían logrado también preparar imágenes reducidísimas pero habían sido incapaces de desarrollar una emulsión que las fijara, sustancia que los servicios secretos alemanes ya poseían.

El joven agente al servicio del Eje portaba cuatro impresos telegráficos en blanco en los que se descubrieron un total de once motas fotográficas con sendas instrucciones sobre las acciones de espionaje a cometer. Todas las cartas que portaba fueron estudiadas hasta que bajo un sello de correos se encontraron motas que contenían veinticinco cartas de una página escritas a máquina. Los aspectos que los agentes infiltrados debían investigar iban desde la cantidad de aviones suministrados a las naciones amigas como Gran Bretaña, Australia o Canadá hasta los pilotos norteamericanos de combate que ocupaban las academias de vuelo. El espía fue sometido a interrogatorio y «cantó».

El profesor Zapp

El testimonio del agente secreto desveló que el inventor del sistema de las motas microscópicas era un tal profesor Zapp, que al mismo tiempo participaba como docente en la Escuela de Altos Estudios Técnicos de Dresde. El sistema de fotografiado comenzaba por el mecanografiado de los mensajes originales en cuartillas perfectamente cuadradas para pasar a ser fotografiadas por una minicámara de alta precisión. El resultado era un negativo del tamaño de un sello que volvía a fotografiarse colocándolo en un microscopio invertido. La imagen se proyectaba sobre una placa de vidrio cubierta por una capa de la emulsión secreta. Cuando el minúsculo pedazo de película estaba listo, se pintaba con colodión para posteriormente poder liberar la emulsión del cristal. Después se colocaba en el extremo de una

aguja perforada instalada en lo que pudiera parecer una jeringuilla. Con precisión, se situaba la micromota haciéndole espacio entre la urdimbre del papel. Luego, con extremo cuidado, se disponían nuevas fibras de papel sobre ella de manera que quedara asegurada. Con el paso del tiempo, se descubrió que los alemanes habían desarrollado finalmente una máquina compacta que realizaba todas las tareas para la preparación y utilización de las micromotas y que además era portátil, enviándola a sus agentes en países neutrales y haciéndoles llegar remesas periódicas de la emulsión secreta.

El misterio había sido descubierto y todo el F.B.I. se lanzó a la búsqueda de aquellos puntitos negros. Las motas interceptadas permitían conocer las intenciones del gobierno nazi y las cuestiones que más les preocupaban, como la hallada en una nota de un hotel en Brasil:

«Órdenes especiales:

Los EE.UU. están fabricando cartuchos que van cargados con una pólvora especial, que una vez disparados, por la bocacha del arma, provoca escasa llamarada y muy escaso humo. Averiguar características exactas de sus efectos y composición».

Con el tiempo, el secreto desvelado de las motas de Zapp ayudó a detener a numerosos agentes y enlaces que trabajaban para el gobierno alemán y japonés. Sí, nazis y japoneses compartían tecnología y la de Zapp viajó al país del Sol Naciente. En una carta recibida en Brasil, procedente del gobierno de Tokio al agregado naval de una embajada hispanoamericana en el país, se descubrieron numerosas motas con mensajes supeditados a los intereses de Japón en el Pacífico.

Los casos se sucedían, y en ocasiones lo que parece una maraña de información sin solución, finalmente aparece como una tela de araña, sólida y lógica. En algunos había que aplicar el ingenio, inventar un anzuelo y que atraiga a la presa, como el que tuvo como cebo una relación amorosa.

Una micromota hablaba de cierta dama residente en Madrid, así que buceando en diversos archivos, el F.B.I. halló su nombre en un cable telegráfico enviado hacía ya algún tiempo a los EE.UU. y dirigido a un hombre. Se descubrió que aquel vivía en Washington y

que además había mantenido una relación sentimental con una joven norteamericana, que a la sazón, servía en el Ejército. Como un servicio más a la patria, se le solicitó que retomara la relación por una cuestión nacional cosa que aceptó, aquel creyó que el amor renacía y no hubo que convencerlo demasiado. El tiempo y una relación apasionada, le hicieron cometer el error de contarle sus actividades y con sincera petulancia decirle que era un agente secreto, incluso le llegó a ofrecer que colaborara con él. Sin duda, suficientes argumentos para detenerlo.

El mayor enjambre de conspiradores y espías que amenazaban los intereses estadounidenses se hallaban en Hispanoamérica. Si bien muchos de esos países eran aliados en la guerra contra Alemania y Japón, en la mayor parte de las ocasiones no ponían el suficiente empeño en impedir sus actividades cuando no simpatizaban con sus gobiernos, por lo menos en los años iniciales de la contienda. En uno de estos países se habían localizado gracias a los servicios de contraespionaje numerosos envíos postales a Berlín repletos de micromotas. Las había de todo tipo: comerciales, familiares, oficiales..., en ellas se daba cuenta de los resultados definitivos de las actividades submarinas, así como la de mercantes aliados que partían hacia Europa. Un pormenorizado análisis de las diferentes cartas llevaban a la conclusión que la tipografía era similar, por lo que se concluía que todos podían estar coordinados en una misma organización. La asistencia de las autoridades locales, junto con el apoyo de los agentes e investigadores norteamericanos, llevó al arresto y desmantelamiento de los espías y sus colaboradores.

La sofisticación de los métodos de espionaje alemanes durante la Segunda Guerra Mundial no fue nunca superada por las potencias combatientes, incluso, los métodos alemanes fueron utilizados tras la guerra por el K.G.B. soviético y teniendo como fieles colaboradores a los servicios secretos (Stasi) de la comunista República Democrática Alemana. Pero no todo era técnica y eficacia...

Es costumbre de cualquier agente secreto el hacer creer a sus superiores, o a aquellos que les pagan, que se hallan tras algún asunto de especial trascendencia o incluso que está en ciernes el que descubran algún acontecimiento o proyecto enemigo de máximo interés. Pero

hay que tener en cuenta que normalmente las fuentes de información son más sencillas de lo que podemos imaginar: prensa, revistas especializadas, conversaciones y entrevistas en radio...

Algunos de los espías nazis destacados en los puertos portugueses de Porto y Lisboa, enmascarados como representantes de navieras y empresas consignatarias, se dedicaron durante algún tiempo a pagar cantidades exorbitantes por revistas como *Newsweek* o *Time* a los marineros de los barcos portugueses que hacían la ruta a los EE.UU. Aquellas solían incluir reportajes sobre las bondades y progresos de las fuerzas aliadas y norteamericanas en particular y eran la base con la que luego se creaban sofisticados informes añadiéndoles buenas dosis de imaginación. Berlín llegó a hartarse de esta situación, así que finalmente, muchos de los agentes alemanes en el extranjero llegaron a recibir avisos de este tonor: «Se ruega que los informes contengan información diferente de la publicada en la prensa».

...eso sí, inscritos en una de las sofisticadas micromotas del profesor Zapp.

El Reich no paga a traidores

Las llaves habían quedado por primera vez a su alcance, aquello podía reportarle muchos beneficios y su ambición superaba los problemas que aquella acción podía acarrearle. En un arrebató se hizo con ellas, nadie se apercibiría de su falta en las próximas horas y no podía imaginar que aquel hurto le llevara a convertirse en uno de los espías al servicio de los nazis más famosos de la Segunda Guerra Mundial.

Este era Elyesa Bazna (1904-1970), había nacido en Albania, en el tiempo en el que este país pertenecía al Imperio Otomano. Las vicisitudes de las Guerras balcánicas llevaron a que Bazna se trasladara finalmente a Ankara, donde trabajó como chofer en las embajadas de Yugoslavia, Estados Unidos de América y del Reino Unido. En este último trabajo, logró hacerse con la simpatía del embajador, ambos compartían la afición por la ópera y además el albanés había sido cantante amateur, por lo que desgranaba ante él cumplidas arias. La confianza depositada en él se confirmó cuando en el año 1943 pasó a

ejercer el cargo de ayuda de cámara del embajador británico sir Hughe Knatchbull-Hugessen. El embajador era un tanto excéntrico, en sus ratos libres ejercía como inventor diseñando circuitos electrónicos y peculiares electrodomésticos que rara vez funcionaban. Un estúpido descuido del embajador había puesto a su alcance las llaves que abrían un recio armario donde no se archivaba cualquier documento. En uno de los bolsillos de su pantalón encontró lo que rápidamente consideró como un tesoro. Elyesa logró copiarlas y pronto encontraría la manera de cómo sacarle provecho...

Tan sólo estuvo dudando algunos días hasta que finalmente se decidió. Se puso en contacto con un antiguo patrono que trabajaba en la embajada alemana donde conocería a Ludwig Moyzisch, un periodista vienés que había ingresado en el partido nacionalsocialista mucho antes de la guerra y que ahora desempeñaba las tareas de agregado comercial en Ankara. Moyzisch también tenía otros cometidos menos oficiales, como los de supervisar y coordinar las acciones de espionaje en Turquía.

Un soplón sin bandera

Era la noche del 26 de octubre de 1943 y Moyzisch se despertó sobresaltado por el sonido insistente del teléfono. Alguien le esperaba en el domicilio de Herr Jenke, miembro del cuerpo diplomático. A su llegada, Bazna le esperaba repantigado en un suntuoso salón. En un correcto inglés iniciaron la conversación.

—Creo que no me conoce, pero quiero ofrecerles un servicio realmente especial del que no se arrepentirán —le dijo el albanés con cierta antipatía y dándole cuenta de todo lo que pensaba hacer por ellos.

—Claro que todo esto tendrá un precio —replicó Moyzisch.

—El precio será de cinco mil libras esterlinas por cada documento —contestó sin inmutarse.

—¿Cómo se que no es un doble agente? ¿Qué garantías tengo?

—Ninguna, solo mi palabra y el tiempo para comprobar que la información que le consiga es veraz y sus resultados reales.